

## ***Prólogo***

GREGORIO HERNÁNDEZ ZAMORA

¿Se necesitan estudios de posgrado para entender y enseñar el ABC? Todo indica que sí. El mito popular nos dice que enseñar el abecedario no es la gran ciencia, por lo que las escuelas públicas suelen asignar los grupos de primero de primaria a las maestras y maestros menos experimentados.

Nada más equivocado. A la humanidad le tomó miles de años descubrir que la palabra hablada (que es sonido) pudiera comunicarse en forma visual (escrita). Hacer visible el sonido a través de la escritura fue un logro tan espectacular de la inteligencia humana que marcó un parteaguas en nuestra larga historia en el planeta.

No es casual que los historiadores dividen el tiempo en dos grandes etapas: prehistoria (antes de la escritura) e historia (después de la escritura). ¿Por qué será esto? Porque la palabra “historia” significa lo que pasó, pero ante todo lo que se narró. Los sucesos que no se cuentan se esfuman en los confines del olvido. En cambio, lo que se narra perdura y se vuelve ingrediente esencial de nuestra identidad cultural. Y no es lo mismo narrar de forma oral que de forma escrita, “Las palabras se las lleva el viento”, dice el dicho popular. Para atraparlas y evitar que escapen con el aire, se inventó la escritura y sus medios de transporte: arcilla, piedra y papel en la antigüedad; pantallas digitales hoy. Así llegaron, hasta nuestras manos y ojos, narrativas ancestrales de Mesopotamia, Judea, Grecia, lo mismo que de otras culturas antiguas del lejano Oriente y también de nuestra América precolombina.

Ahora bien, convertir símbolos sonoros (palabras) en símbolos visibles no fue fácil para los humanos primitivos, y no es fácil para los niños de hoy. Las razones son complejas, y han sido necesarias muchas mentes brillantes para entender qué son estos simbolitos que llamamos “letras” o “alfabeto” (llamado, de manera técnica, sistema de escritura), cómo funcionan, cuál es su relación con la lengua y con el mundo, y qué debe pasar en una persona

para llegar a entenderlas e incorporarlas a su repertorio de recursos comunicativos.

Para empezar, para la mayoría de la gente es muy difícil separar la forma sonora y el contenido semántico de las palabras, hacer eso es indispensable para escribir y leer. La tendencia natural en la infancia de la humanidad (prehistoria) y en la infancia de cada individuo (en el presente) es que al oír una palabra se piensa solo en el significado, y no en la forma (el término técnico, significante). De manera que cuando hace 30 mil años, alguien quiso comunicar a sus amigos el mensaje “estuvimos todo el día cazando alces y mamuts con lanzas y piedras”, no pensó en las palabras (la cantidad y tipo de sonidos que forman estas palabras) sino que pensó en la imagen de los mamuts, los cazadores, las lanzas y las piedras, y los dibujó.

No es lo mismo dibujar que escribir. El dibujo es una representación icónica o analógica (se parece en lo físico a lo que representa), mientras la escritura es una representación simbólica (no se parece a lo que representa). Escribir palabras en vez de dibujar imágenes implica y exige un enorme trabajo de abstracción que consiste en hacer a un lado las figuras reales (la forma de los mamuts o de las lanzas), lo mismo para el significado de las palabras habladas (el significado de palabras como “mamut”, “lanza”, “día”), y enfocarse solo en el sonido (“mamut” tiene cinco sonidos, “día” tiene tres sonidos) así como identificar las diferencias entre esos sonidos (la palabra “mamut” usa en realidad solo cuatro sonidos / m /, / a /, / u /, / t /).

De esta manera, hace miles de años, alguien cuyo nombre desconocemos realizó el genial descubrimiento de que la lengua suena, y ese sonido se puede representar con trazos (símbolos visuales), sin importar en lo absoluto el significado ni el referente real de dichos “sonidos”. Y es la fecha, en pleno siglo XXI, que cada niño de cada lugar del mundo debe volver a descubrir por sí mismo este hallazgo genial que los *homo sapiens* tardaron casi 200 mil años en inventar.

Ahora, por extraño que parezca, usar la escritura para codificar o decodificar palabras exige, de cierto, desprenderse del significado y enfocarse en el sonido, pero a la vez, para leer y escribir con más destreza y eficacia, es indispensable regresar al significado, porque el fin último de los actos de leer y escribir es entender y comunicar significados. Y aquí aparece otro obstáculo que separa a las clases socioeducativas, porque dar significado a lo escrito exige poseer un buen repertorio de palabras en el modo oral. Es decir, entre

más pobre sea el lenguaje oral de los niños, más difícil será su comprensión y uso de la escritura. Parece complicado, ¿verdad?

Por eso, para entender los procesos, dificultades y posibilidades que vive por primera vez quien se enfrenta a la escritura (niños en edad preescolar y primaria inicial), gente muy estudiada y especializada investiga y escribe libros como este. Uno pensaría que en pleno siglo XXI, en la era espacial y digital, enseñar a leer y escribir a los niños y niñas debería ser tan simple y fácil como enseñarles a comer chocolates, pero no es así, o sí es, pero no para todos.

Como lo reporta este libro, el gran problema sigue siendo para los sectores sociales que habitan en las periferias urbanas y socioeconómicas; los hijos de padres sin escolaridad; los alumnos de escuelas públicas con maestros que entienden poco y practican menos la lectura y la escritura, y cuyo vocabulario adolece de términos para nombrar y entender justo la lengua, la escritura y los procesos de enseñanza-aprendizaje ligados a su adquisición. Es ahí, en los primeros encuentros escolares con lo que ahora llamamos literacidad, que se abre una brecha educativa entre clases pudientes y clases precarias; brecha que de manera eventual, se convierte en un abismo que separa en los ámbitos sociales, culturales, económicos e intelectuales a quienes no dominan siquiera la mitad de su lengua materna de quienes son bilingües, trilingües o multilingües; entre quienes sufren para escribir un párrafo claro aún en lo más mínimo, coherente y sin errores elementales de ortografía, y quienes desde niños escriben relatos, ensayos y reseñas con facilidad, corrección y gracia; entre quienes jugar el juego de la lengua les causa pavor, parálisis y hasta vergüenza, y quienes se divierten y dan rienda suelta a su creatividad, imaginación y voz personal a través del escenario de la escritura.

Como se podrá ver en los capítulos de este libro, hoy día no solo se habla de enseñar el alfabeto (alfabetizar) sino de diseñar y ofrecer artefactos, actividades, espacios y contextos sociales que permitan a los niños desarrollar su habilidad para decodificar las letras y les permitan, desde el inicio, desarrollar sus capacidades lingüísticas, cognitivas y sociales. Hoy no se ve la alfabetización como la adquisición de una habilidad sino como una práctica social que abre puertas a la participación social en sus diversas formas: juego, estudio, trabajo, ciudadanía, etcétera. Hoy se busca que los niños, además de leer y comprender textos, hagan una lectura crítica y divergente en la que lean las líneas, entre líneas, detrás de las líneas y más allá de estas.

De ese tamaño es el reto que autoras y autores de este libro se plantean como investigadores y como formadores del profesorado, para que a su vez se vuelvan activos y eficaces formadores de una infancia y juventud expresiva, pensante y creativa. Una labor cuyo objetivo es encontrar mejores maneras de mediar la literacidad; me parece totalmente loable el trabajo que desde el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) se realiza en este sentido. Por ello, me siento muy honrado de haber sido invitado a escribir este prólogo, por parte de colegas de una de las mejores y más nobles instituciones de educación superior de este país.

Ciudad de México, 2022